

Roxana Telechea

Abstención electoral y voto negativo en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)

Presentación

El objetivo de este trabajo es brindar un panorama de la evolución del “voto bronca” en la Ciudad de Buenos Aires desde el reinicio de la democracia de 1983 hasta las elecciones realizadas en octubre de 2007. Si bien Capital Federal no parece ser la ciudad con mayores índices de voto bronca, las razones de esta delimitación territorial están relacionadas con un objetivo mayor que excede a este artículo y consiste en analizar la movilización a Plaza de Mayo de los “caceroleros” en el 2001. En ese sentido, queremos estudiar la evolución del voto en Capital Federal para observar la actitud electoral de la zona de la que provenían una gran parte de los manifestantes de ese 19 de diciembre. En segundo lugar, nos proponemos repasar los discursos teóricos elaborados alrededor del fenómeno. Aún cuando el problema está en el tapete desde las elecciones legislativas

del 2001, el concepto *voto bronca* mantiene su carácter fenoménico sin una delimitación precisa. La única coincidencia radica en su asociación con la falta de voluntad del electorado de emitir votos válidos. Sin embargo, existen varias preguntas que no han sido respondidas aún. En primer lugar, ¿en qué consiste el voto bronca? Y, la pregunta más difícil, ¿qué significa?

El primero de nuestros interrogantes, como señalamos, parece ser más sencillo. La mayoría de los intelectuales parece coincidir en afirmar que el voto bronca contiene la suma de la abstención electoral y los votos negativos (los votos en blanco y los votos nulos). Repasaremos la definición de cada uno de estos votos. Según el Código Electoral Nacional, la abstención electoral hace referencia a los ciudadanos empadronados que no fueron a sufragar y los votos nulos son aquellos en donde: la boleta emitida no es oficial, se encontraron dos

boletas para un mismo cargo, se incluyeron objetos extraños en el sobre o la lista había sido destruida parcialmente de forma tal que no se localizaba el nombre del partido. Por último, votos en blanco se consideran a los sufragios en los que el sobre aparece vacío o con papel de cualquier color sin inscripciones ni imagen. Existe otra variante de voto negativo que nosotros no contabilizamos como voto bronca. Nos referimos a aquella en la que se cuestiona la identidad del elector (votos impugnados). No los contabilizamos porque en este caso existe una persona que sí se acerca a votar y desea emitir un sufragio, si bien con una identidad presuntamente fraguada.

1. Estado de la cuestión

Existen pocos estudios que han intentado caracterizar el tema. Como señala Rosendo Fraga, en Argentina existe una negación a observar este dato empírico (Harari, 2008). Entre las publicaciones que analizan el asunto, Carlos Vilas (1999, p. 36) estudió la abstención electoral hacia 1999 y lo adjudicó a la apatía. De esta manera, el votante no concurriría a las urnas con la intención de exhibir una postura contraria al orden establecido sino porque podía “zafar”. Sin embargo, ¿podemos afirmar que todos piensan que “no pasa nada”? La realidad es que nos encontramos en un país con elecciones obligatorias y multas previstas para el que no concurra.¹

De cualquier manera, no consideramos necesario investigar la ausencia o no de penalizaciones efectivamente impuestas. Aunque cuando exista la posibilidad que el votante no observe inconvenientes en no votar, la pregunta a responder, en realidad, es ¿por qué no encuentra virtudes en emitir su sufragio?

Esta versión del voto bronca está emparentada con otras que enfatizan en la apatía sin explicarlas. Por ejemplo, en el diario *Perfil* (31/10/2007), ante los resultados de las últimas elecciones presidenciales, se manifestó que este sufragio negativo constituye una “fobia política”. Por el contrario, consideramos errónea esta creencia al establecer el paralelismo entre los mayores porcentajes de voto bronca (octubre de 2001) y la manifestación política de masas de diciembre del 2001. Es decir, un fenómeno electoral particular un mes antes en que los ciudadanos protagonizaran uno de los procesos de mayor politización de su historia.

En otros casos resulta poco esclarecedor la explicación: según Daniel Cabrera (2003, p. 15) el voto bronca resulta del “disconformismo” ante el sistema político. Sin embargo, la causa parecería radicar en una mala gestión del gobierno de turno si atendemos a la solución que nos presenta el autor: a saber, un recambio por políticos honestos que puedan ser depositarios de una confianza popular restablecida. El problema parecería derivar de la violación sistemática de la confianza de la ciudadanía por parte de los políticos electos,

¹ Según el Código Electoral, el elector que no emitiera su voto y no presentara las causas al juez electoral de su distrito tendrá una multa de entre \$50 y \$500. Además, el infractor no podrá ser designado para desempeñar funciones o empleos públicos durante tres años a partir de la elección.

cuestión que se agravaría, por ejemplo, con el aumento de la corrupción.

Ahora bien, el fenómeno no es exclusivo de Argentina. A modo de ejemplo, Rosendo Fraga (2007) ofrece dos opiniones ilustrativas de intelectuales europeos. Uno de ellos es el politólogo francés Pierre Rosanvallon quien caracteriza este tipo de actitudes de los votantes como “contra-política” y les otorga a las mismas un valor afirmativo. De esta manera, el voto bronca constituiría una especie de herramienta para luchar por un cambio social. Por su parte, la politóloga belga Chantal Mouffe sostiene que este tipo de fenómenos son consecuencia de la “pospolítica”. Esta situación, justamente, hace referencia al desinterés que surge en los votantes porque, finalmente, tanto los partidos políticos de derecha como los de izquierda terminan volcándose hacia el centro para ganar las elecciones. Desde una posición autonomista la autora también opina que es un fenómeno de “antipolítica” válido en los momentos que “los canales partidarios están bloqueados”.

Sobre la finalidad y el valor social del voto bronca se pronuncian Juan Abal Medina y Julieta Suárez Cao (2003, p. 147). Los autores realizan un estudio crítico del sistema electoral argentino y observan uno de los fenómenos que describimos en este trabajo: la pérdida de apoyo a los partidos tradicionales argentinos. Critican los votos negativos por impedir un recambio de gobernantes. En palabras de los autores “cuanto más voto bronca emitimos, disconformes con la política tradicional y sus personalidades, más posibilidades brindamos a los representantes de la vieja política de consolidarse en los órganos electivos de gobierno”. En otro libro analizado, con

el sugestivo título de *Del voto bronca al voto constructivo. Guía del votante preocupado por revertir la decadencia de nuestro país* (2003), Gerardo Sanchis Muñoz, su autor, no se preocupa por observar las causas que llevan al voto bronca sino simplemente por criticarlo (2003, p. 159). Según afirma, la única opción para conseguir cambios reales es a través de la emisión del voto. En uno de sus párrafos afirma: “ninguna de las naciones avanzadas a las que aspiramos parecernos logró soluciones por fuera de las elecciones”. De la mano de esta afirmación, el autor aprovecha para rechazar toda forma de expresión que se canalice por fuera de la vía parlamentaria bajo el supuesto que votando lograremos todas las conquistas que nos propongamos. Sin embargo, no nos explica las causas de su crecimiento, si su accionar resulta efectivamente tan provechoso. La pregunta que se desprende al finalizar el texto es ¿por qué crece el voto bronca?

También se ha insistido en el problema de despolitización acelerada de sectores amplios de la población, sobre todo de los más jóvenes (Vilas, 1999, p. 36) para explicar la escasa voluntad de elegir representantes. Por el contrario, creemos que son justamente los más jóvenes los que hacia fines del 2001 demostraron una creciente politización, con su participación en la lucha callejera (por ejemplo, los motoqueros que concurren a Plaza de Mayo), así como también en la formación de asambleas, comedores, centros culturales, etc. Por otro lado, consideramos necesario observar el momento histórico en el que se inscribe el voto para poder explicar el fenómeno. En Argentina existen antecedentes de grandes porcentajes de voto en blanco con significados disímiles.

Por ejemplo, el multitudinario voto en blanco que se contabilizó ante la proscripción de Perón. Ese voto bronca, lejos de mostrar una desconfianza hacia los políticos, era claramente partidario. Es decir, no se puede explicar la voluntad de no emitir votos como rechazo a la política, no es ese el punto en común.

Luego de estas lecturas, nuestras inquietudes iniciales no han sido respondidas. Especialmente, ¿por qué no existe interés en sufragar de forma positiva? y ¿qué significa esa aparente “apatía”? María Celia Cotarelo (2004, p. 139) nos ofrece una lectura interesante de la segunda de nuestras inquietudes. En su artículo menciona el crecimiento del voto en blanco, la abstención electoral y lo compara con el desarrollo de movimientos sociales y la construcción de movimientos políticos de carácter popular, todos ellos hechos que hablarían de la existencia de una “crisis de hegemonía de la clase dirigente”. La crisis política, afirma, tiene causas coyunturales y profundas. Entre las primeras, se encuentra la crisis del Partido Justicialista (PJ) y la Unión Cívica Radical (UCR) por denuncias de corrupción, la recesión económica iniciada en 1998, el efecto de las políticas neoliberales y la ausencia de “sacrificios de orden económico-corporativo” por parte del grupo dirigente. Las causas profundas remiten a la especificidad de la fase capitalista actual. La tendencia a la centralización y concentración de capital, el aumento de la masa de población sobrante para el capital y la profundización del proceso de proletarianización y pauperización que se corresponde con el proceso de “desciudadanización”, o de pérdida de grados de ciudadanía en la mayor parte de la sociedad.

Ahora bien, ¿por qué no existe interés en sufragar en forma positiva? Siguiendo a Eduardo Sartelli (2006, p. 372), podemos observar que el sistema se encarga de mostrar la inutilidad del voto. Es decir, no es un problema de una política específica. La participación electoral es desalentada desde el Estado para que el ciudadano no se inmiscuya. La forma en que esto se realiza es a través de elecciones indirectas, programas políticos vagos, mandatos sin reglas (en los que un político puede hacer lo que quiera). También a través de trampas de los sistemas electorales, por ejemplo, el establecimiento de un peso mínimo en lugar de la proporcionalidad directa, la cantidad de cargos sin tener en cuenta la cantidad de habitantes (por ejemplo, senadores en las provincias argentinas), las llamadas listas sábana, la ley de lemas, fraudes, la falta de información, el marketing de los partidos burgueses, campañas políticas sin propuestas y cruzadas por acusaciones de orden moral y/o el aparato de los partidos burgueses (el sistema clientelar).

Luego de estas discusiones volvemos a interrogarnos ¿qué significa el voto bronca? Creemos que nos señalan la pérdida de hegemonía de la clase gobernante (problema de gobernabilidad, según el discurso burgués). Específicamente, es la expresión de la crisis del régimen democrático burgués. Su significado, afirmamos, expresa la incapacidad del régimen democrático para contener a los ciudadanos y evitar la emergencia de otras personificaciones: el piquetero y el cacerolero. De cualquier manera, reiteramos, es necesario observar el momento histórico en el que se inscribe para poder explicar el fenómeno. Por ejemplo, el voto en blanco puede ser una estrategia de los

partidos de izquierda ante un ballotage (elecciones a jefe de gobierno 2003 y 2007, por ejemplo) o, también, en un momento insurreccional.

Por último, existen otras tendencias asociadas a los votos negativos que se observan: parece haber una coincidencia del aumento del voto bronca y el descenso en la concentración de votos en los partidos tradicionales (UCR y PJ). También se observa altos índices de corte de boleta y de ausentismo de los jefes de mesa electorales. Visto en perspectiva, y analizándolo como parte de una coyuntura mayor, ese fenómeno parece ser la expresión de una crisis del régimen democrático: una impugnación del sistema de partidos tradicional que venía dominando la política burguesa desde la salida de la última dictadura. Es otra versión del “¡que se vayan todos!”

2. Precisiones metodológicas

Como mencionamos, el voto bronca resulta de la suma de la abstención y los votos blancos y nulos que fueron realizados de manera voluntaria. Sin embargo, no es posible cuantificar los ausentes al acto electoral por fuerza mayor o los votos anulados como consecuencia de errores en la emisión del sufragio para poder discriminarlos de las cuentas. A esto se suma la falta de depuración de padrones que contabilizan personas fallecidas. Es decir, es imposible saber exactamente qué cantidad de ciudadanos fueron los que decidieron que sus votos no se contabilicen como positivos. Sin embargo, los votos por error deberían mantenerse en un pequeño porcentaje constante y no creemos

que existan razones para creer que estos deberían aumentar. Por el contrario, el afianzamiento de las elecciones libres conlleva una mayor experiencia electoral que debería evitar los errores de votos nulos por desconocimiento del acto electoral. Por otra parte, la informatización de los padrones ha ayudado a depurarlos e incluir rápidamente a los nuevos ciudadanos que con 18 años recién cumplidos se agregan a las listas, así como eliminar a las personas fallecidas. Es decir, los años transcurridos deberían haber ayudado a evitar los casos de votos negativos por problemas internos al sistema electoral. Sin embargo, reiteramos, el ausentismo electoral y los votos negativos tienden a aumentar. La causa, entonces, parece ser que los ciudadanos no quieren votar.

Existen otros indicios que parecen señalar que el voto bronca tiene un fuerte componente consciente. Nos referimos especialmente a algunos de los fenómenos que lo acompañan como el corte de boleta y los cambios en los índices de votos negativos según el cargo en disputa. Estos fenómenos reflejan la existencia de un elector racional que decide cuándo votar en blanco y cuándo no hacerlo. O, como se observa en muchos casos, vota a un partido minoritario para cargos legislativos y a otro mayoritario para un puesto del ejecutivo. Con este último punto nos referimos al hecho que, en las elecciones de legisladores, diputados, convencionales constituyentes y senadores, los porcentajes de voto bronca son parcialmente mayores en comparación con las elecciones presidenciales. Una explicación posible puede resultar de la suposición que en las elecciones presidenciales la decisión que se tome es más relevante que en las elecciones legislativas. Por el contrario,

el voto a diputados redundaría en un voto menos útil. De cualquier manera, vale aclarar, que los votos bronca crecen en el período estudiado para todos los cargos, aun para presidente.

Con respecto a la fuente utilizada, nos basamos en información oficial. Todos los resultados fueron extraídos de la Dirección Nacional Electoral, organismo dependiente del Ministerio del Interior.² Por último, la metodología utilizada para comparar la información discriminada por secciones consistió en contabilizar los porcentajes de votos negativos (votos en blanco, nulos e impugnados) en cada una de las 28 circunscripciones electorales en que está dividida la Ciudad de Buenos Aires, atendiendo a los resultados totales de la sección (sin discriminar por sexo). Esa información la volcamos en un cuadro de doble entrada que nos permitió observar la sección y su evolución a lo largo de los años. En un segundo paso realizamos un cuadro por cada elección para observar cuales son las diferencias de voto en cada cargo en selección en las diferentes zonas. En un tercer momento diagramamos mapas de los resultados de abstención electoral y voto negativo en cada elección para visualizar la distribución geográfica de los resultados electorales.

3. Las cifras

Abstención electoral

Como mencionamos, la abstención se refiere a los ciudadanos empadrona-

dos que el día de las elecciones no se presentaron a votar. La otra cara de la abstención es la concurrencia electoral (o participación electoral). Es decir, los ciudadanos que sí votaron. Por su naturaleza, en el caso de las elecciones simultáneas, esta tendencia no tiene diferencias según cargos.

En primer lugar, observaremos cuáles son los índices de concurrencia electoral en el total de la Capital Federal (sin discriminar secciones) desde 1983 hasta el 2007 (gráfico 1).

El aumento de la abstención electoral es continuo con leves oscilaciones. Claramente, la participación electoral tiende a descender desde 1983 hasta la actualidad. La participación electoral en 1983 fue del 85,8% del padrón, descendió durante todas las elecciones que se celebraron en la década de 1980 y pasó la barrera del 80% del padrón en las elecciones legislativas de 1991. Este proceso continuó su profundización en casi todas las elecciones celebradas en la década de 1990. En esa época, las elecciones de menor concurrencia fueron las de senadores de 1995 (73,9%) y las de jefe de gobierno del año siguiente (75,9%). Durante ese período, los índices de participación se ubicaron (levemente) por encima del 80% del padrón en las elecciones para diputados de 1993 (80,9%), las presidenciales de 1995 (81,7%) y en las de 1999 (81,1%). En el año 2000 votó solo el 73,2% del padrón, tendencia que se acentuó en el 2001 (73%) en consonancia con el proceso de movilización que se abrió

² Los resultados generales del total de la Ciudad de Buenos Aires se pueden consultar en su página web: <<http://www.mininterior.gov.ar/elecciones/>>; los resultados discriminados por sección desde 1991 deben solicitarse por correo electrónico, los anteriores se pueden consultar directamente en la oficina del organismo.

Gráfico 1. Índice de participación electoral en la Ciudad de Buenos Aires: 1983-2007, según cargo en disputa y año de elección

	0	10	20	30	40	50	60	70	80	90	100
1983 Presidenciales y legislativas	85,78										
	84,55										
1987 Diputados y consejeros	84,34										
	85,73										
1991 Diputados, conseje- ros y vocales	79,59										
	77,22										
1993 Diputados y consejeros	80,92										
	78,54										
1995 Presidenciales y diputados	81,70										
	73,90										
1996 Jefe de gobierno y estatuyentes	75,91										
	78,84										
1999 Presidente y diputados	81,14										
	73,20										
2001 Senadores y diputados	73,02										
	77,22										
2003 Jefe de gobierno primera vuelta	69,73										
	69,83										
2005 Diputados y senadores	73,03										
	69,90										
2007 Jefe de gobierno segunda vuelta	68,38										
	75,39										

Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

a fines del 2001. La tendencia se revirtió levemente en las presidenciales del 2003 (77,2% del padrón) aunque volvió a descender llegando al punto más bajo de todo el período ese año en las elecciones para jefe de gobierno cuando concurrió el 68,7% del padrón. En el 2005 la abstención se redujo un poco (73% de participación) y nuevamente en octubre del 2007 en las últimas elec-

ciones presidenciales (75,4%). De cualquier manera, este leve aumento de la participación no evitó que este porcentaje resultara el más bajo de todas las elecciones presidenciales desde 1983.

También encontramos diferencias evidentes según la sección que se trate. La participación electoral, a diferencia del voto negativo, como veremos a continuación, tiene un crecimiento en tér-

minos absolutos en todas las secciones y una distribución porcentual constante. Específicamente, observaremos los resultados de las elecciones para jefe de gobierno, presidenciales, legislativas y de convencionales constituyentes atendiendo a las diferencias existentes en las 28 secciones electorales. Cada sección incluye varios barrios o partes de barrios que mencionaremos para poder orientar al lector.

Efectivamente, existen tres secciones que encontramos desde 1983 en nuestro cuadro en los primeros cinco lugares ostentando el mayor porcentaje de abstención electoral. Esas secciones son: Balvanera Norte (incluye parte del barrio de Balvanera), Montserrat (incluye todo el barrio de Montserrat y parte de la zona portuaria), San Nicolás (todo el barrio del mismo nombre y parte de la zona portuaria). Desde 1987 hasta la actualidad, también tenemos dentro de los primeros cinco lugares a la sección Concepción (incluye parte de los barrios de Constitución, San Telmo y la zona portuaria). Por su parte, desde 1985 hasta el 2005 el quinto lugar lo ocupa la sección Socorro (incluye todo el barrio de Retiro, parte del barrio de Recoleta y parte de la zona portuaria). A partir de 2007 ese quinto lugar lo ocupa Balvanera Sud (incluye parte de Balvanera).

Observemos cuáles son las secciones con menores índices de abstención. Existe una sección que en todas las elecciones se mantienen dentro de los últimos cinco puestos (por lo tanto que se encuentra entre las secciones con mayor concurrencia a votar): Nuestra Señora del Carmen (incluye parte de Saavedra, Villa Pueyrredón y Villa Urquiza), en segundo lugar, dentro de estas seccio-

nes, encontramos a Versalles que se encuentra en esos últimos cinco puestos desde 1983 hasta el 2003 (incluye todo el barrio del mismo nombre y parte de los barrios de Floresta, Monte Castro, Vélez Sarsfield, Villa Devoto, Villa Luro, Villa Santa Rita y Villa Real). El tercer lugar (con excepción de la elección legislativa de 1985) lo ocupa San Luis Gonzaga (parte de los barrios de Monte Castro, Villa del Parque, Villa Devoto, Villa Pueyrredón, Villa Real y Villa Santa Rita). El cuarto lugar, San Vicente de Paul está dentro de estos puestos desde 1985 hasta el 2001 (todo el barrio de Liniers y Mataderos y parte de Villa Luro). En el quinto lugar, desde 1999, ubicamos a Saavedra (incluye el resto de Saavedra, todo el barrio de Coghlan y parte de Núñez, Villa Urquiza y Belgrano) y San Carlos Sud (parte de los barrios de Almagro, Boedo, Caballito y Parque Chacabuco).

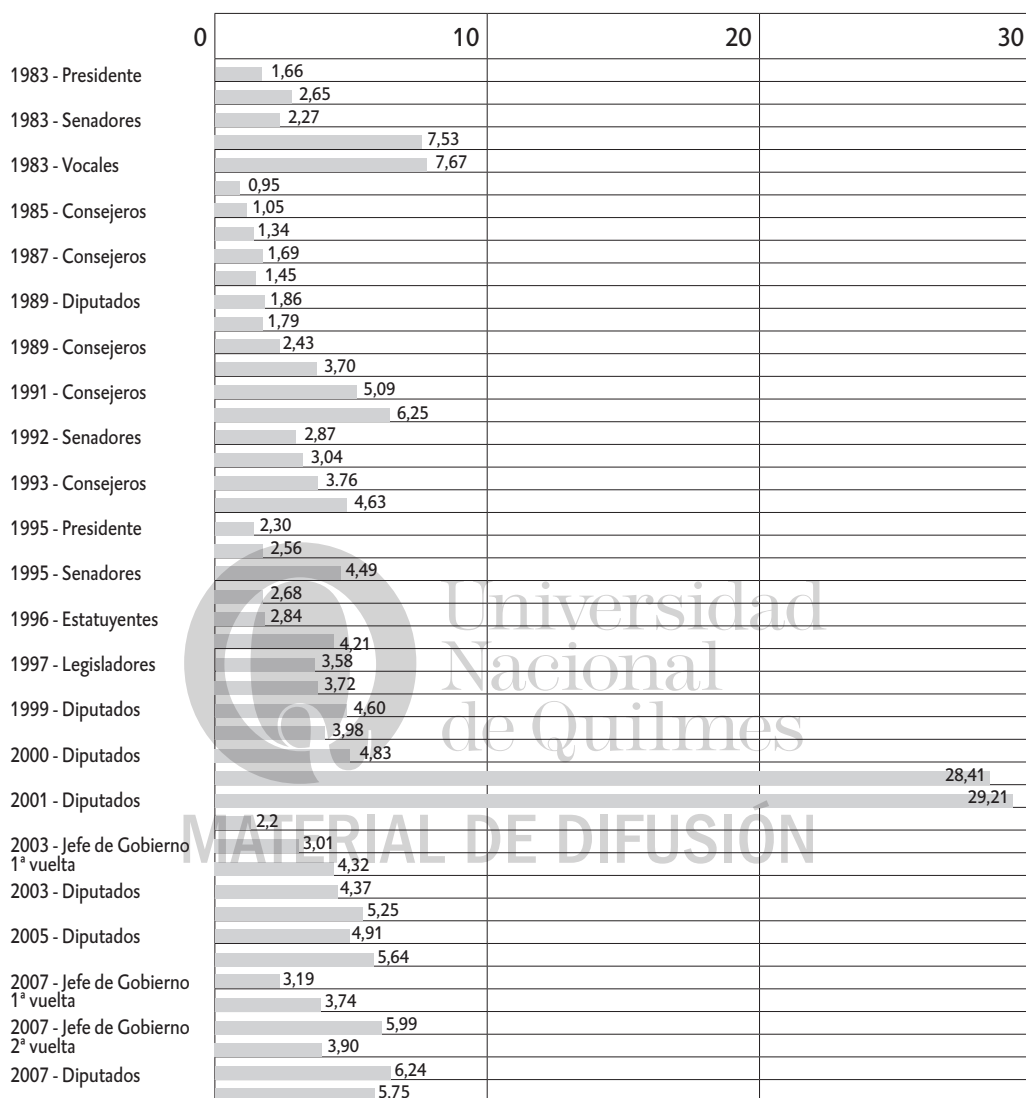
Es decir, en el mapa de la ciudad se observan regularidades. La abstención electoral es más alta es las secciones ubicadas exactamente al este de la ciudad. En cambio, las secciones con mayor participación electoral se encuentran al oeste.

Votos negativos

En el segundo punto nos referimos a los *votos negativos* (votos en blanco más nulos). Como mencionamos, el aumento es menos acentuado y tiene oscilaciones.

Como podemos observar en el gráfico 2, las oscilaciones son pronunciadas, si bien el promedio por década tiende a aumentar. En ese gráfico se pueden observar las diferencias por cargo en disputa. Es así como en la década de 1980, los

Gráfico 2. Porcentaje de votos negativos en las elecciones de la Ciudad de Buenos Aires según cargo en disputa y año de la elección (1983-2007)



Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

valores máximos corresponden a elecciones para concejales y vocales (1983), al igual que lo que sucede en la década de 1990 (1991). En las presidenciales

de 1983 los votos negativos sumaron el 1,66% del total de votos emitidos. En las mismas elecciones se votó diputados, senadores y concejales. Para estos últi-

mos existió el 7,5% de votos negativos, el porcentaje más alto de toda la década. Si exceptuamos ese número, durante toda la década de 1980 el porcentaje de votos negativos se mantuvo por debajo del 3%. El promedio de voto negativo de la década es de 2,64%. En los diez años siguientes (1991-1999), los votos negativos oscilaron entre 6,25% (elecciones para vocales de 1991) y 2,3% (presidenciales de 1995). De esta manera, el promedio de voto negativo de la década de 1990 es de 3,77%.

Se produce el salto más grande en octubre del 2001 cuando los votos negativos llegan a sumar el 29,21% en las elecciones presidenciales. Dos años después, los votos negativos vuelven a los parámetros normales de elecciones presidenciales (2,2% en el 2003). Sin embargo, descontando esta elección, los índices de voto negativo continúan su ascenso. En las últimas elecciones presidenciales el 3,5% de los votantes lo hicieron en blanco o anulaban su voto. El decir, el más alto porcentaje de votos negativos de todas las elecciones presidenciales. Así, el promedio real de la década es de 7,34%. Aun si decidimos sacar los resultados de las elecciones legislativas del 2001, se observa un aumento. El promedio sin contar esos dos valores extremos (diputados y senadores de ese año) es de 4,49%.

No pudimos establecer regularidades en los votos negativos según sección hasta el 2003. Antes de esa fecha, el voto bronca no parece tener regularidades en las secciones. Uno de los fenómenos que nos llamó la atención particularmente es el siguiente: en el 2001, si bien todas las secciones electorales habían tenido un récord de votos negativos, cuatro de las cinco secciones con

mayores porcentajes pasaron a ser dos años después, y así se mantendrán en el 2005 y 2007, las secciones con menor porcentaje de voto en blanco. Estamos hablando de Socorro, Pilar, Belgrano y Palermo (entre las cuatro incluyen todo el barrio de Recoleta, Retiro y Colegiales y parte de Belgrano, Núñez, Palermo, Villa Crespo, Chacarita y la zona portuaria). A ellas se les suma la sección Las Heras (parte de Palermo, Villa Crespo y la zona portuaria) en las elecciones presidenciales y legislativas de 2007 y, de esta manera, las secciones con menor porcentaje de voto negativo (desde el 2003) pasan a ubicarse en la franja noroeste de la ciudad, bordeando el puerto.

Observemos ahora cuáles son las secciones con mayor porcentaje de voto negativo. Desde el 2003 los encontramos al sur de la Ciudad en las elecciones presidenciales, legislativas y en la primera vuelta para jefe de gobierno. De cualquier manera, los resultados no son tan constantes, como en el caso de la abstención. La única sección que se mantiene en todas las elecciones desde el 2003 con mayor porcentaje de votos negativos es Cristo Obrero (incluye parte de Flores, Nueva Pompeya, Parque Chacabuco y Villa Soldati). En segundo lugar (exceptuando las últimas elecciones para jefe de gobierno), Villa Lugano (todo el barrio de Lugano y de Villa Riachuelo y parte de Flores, Parque Avellaneda y Villa Soldati). Luego existe otra sección que suele contabilizar porcentajes altos de votos negativos: San Cristóbal Sud (todo el barrio de Parque Patricios y parte de Barracas y Nueva Pompeya).

Así, encontramos que el sur y el sudeste de la Ciudad de Buenos Aires tie-

nen mayores porcentajes de voto negativo. En cambio, el este de la Ciudad se mantiene en las últimas celdas del cuadro con los porcentajes menores.

Ahora bien, si observamos únicamente las elecciones presidenciales podemos encontrar algunas regularidades. Desde el 2003 los seis lugares con menor porcentaje de voto negativos se encuentran, ordenados de menor porcentaje a mayor, en: Socorro (incluye todo Retiro, parte de Recoleta y parte de la zona portuaria), Pilar (el resto de Recoleta y parte de la Zona Portuaria), Belgrano (Belgrano, Núñez y zona portuaria) y Palermo (todo el barrio de Colegiales, parte de Belgrano, Chacarita, Palermo, Villa Crespo y zona portuaria), seguidos por Saavedra (todo el barrio de Coghlan, la última parte que quedaba del barrio de Belgrano, el resto de Núñez, Saavedra, Villa Urquiza) y Las Heras (lo que quedaba de Palermo, parte de Villa Crespo y la zona portuaria) que intercambiaron la posición 5 y 6.

Ahora miremos los distritos en los que hallamos los mayores porcentajes de voto negativo. En las elecciones del 2003 los mayores porcentajes (en orden de mayor porcentaje a menor) los tuvieron: Villa Lugano, Montserrat (todo el barrio de Montserrat, y parte de la zona portuaria), Concepción (parte de Constitución, San Telmo y la zona portuaria), San Cristóbal Sud (parte de los barrios de Almagro, Boedo, Caballito y Parque Chacabuco) y San Juan Evangelista (todo el barrio de La Boca, parte de Barracas, San Telmo y zona portuaria).

En las elecciones del 2007 se mantienen en los primeros tres lugares de voto negativo: Villa Lugano, San Cristóbal Sud y San Juan Evangelista. En estas elecciones los siguientes dos barrios

con mayores porcentajes de votos negativos los poseen: San Vicente de Paul (todo el barrio de Liniers, todo el barrio Mataderos y parte de Villa Luro) y San Cristóbal Norte (todo el barrio de San Cristóbal y parte de Boedo).

Nos detenemos, en esta oportunidad, en la última elección presidencial. El voto negativo varió entre el 4,57% y el 2,5% del padrón electoral. El porcentaje más alto se contabilizó en la circunscripción Villa Lugano (incluye todo el barrio de Villa Lugano y Villa Riachuelo y parte de los barrios de Flores, Parque Avellaneda y Villa Soldati). El porcentaje más bajo se detectó en la circunscripción Socorro (incluye todo el barrio de Retiro, parte de Recoleta y parte de la zona portuaria).

Si observamos por zonas de la Capital Federal, existen grandes diferencias en estas dos últimas elecciones del voto en blanco y nulo que permiten pensar en diferencias en la composición de clase. Todos los barrios que tuvieron menores porcentajes de voto en blanco y nulo en las últimas dos elecciones presidenciales fueron los que se ubican bordeando el río al noreste de la Ciudad y los que se encuentran exactamente al norte. Aun más, las tres secciones que se mantuvieron en los primeros cinco lugares, con los mayores porcentajes de voto en blanco, se ubican en el este de la Ciudad y exactamente al sur. Es decir, las secciones más “ricas” pasaron de tener altos índices de votos negativos a formar parte de las secciones con menor cantidad de estos votos. Por el contrario, desde el 2003 crecen los votos negativos en las secciones más “pobres”. Las dos secciones que encabezan ambos valores son paradigmáticas (Socorro y Villa Lugano).

Cuadro 1. Voto bronca (votos negativos + abstención electoral) en las elecciones en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)

Años	Porcentaje de voto bronca
1983- Presidente	15,88
1983- Diputados	16,87
1983- Senadores	16,49
1983- Concejeros	21,75
1983-Vocales	21,89
1985- Diputados	16,4
1985- Concejeros	16,5
1987- Diputados	17
1987- Concejeros	17,35
1989- Presidente	15,72
1989- Diputados	16,13
1989- Senadores	16,06
1989- Concejeros	16,7
1991- Diputados	24,11
1991- Concejeros	25,5
1991- Vocales	26,66
1992- Senadores	25,65
1993- Diputados	22,12
1993- Concejeros	22,86
1994- Convencionales Constituyentes	26,09
1995- Presidente	20,6
1995- Diputados	20,86
1995- Senadores	30,59
1996- Jefe de Gobierno	26,77
1996- Estatuyentes	26,93
1997- Diputados	25,37
1997- Legisladores	24,74
1999- Presidente	22,58

Años	Porcentaje de voto bronca
1999- Diputados	23,46
2000-Jefe de Gobierno	30,78
2000- Diputados	31,63
2001- Senadores	55,39
2001- Diputados	56,19
2003- Presidente	24,98
2003- Jefe de Gobierno. Primera Vuelta	33,28
2003- Legisladores	35,62
2003- Diputados	35,67
2003 Jefe de Gobierno. Segunda Vuelta	35,42
2005- Diputados	35,18
2005- Senadores	35,91
2007- Jefe de gobierno. Primera vuelta	33,29
2007- Legisladores	33,84
2007- Jefe de gobierno. Segunda vuelta	37,61
2007- Presidente	28,51
2007- Diputados	30,85
2007- Senadores	30,36

Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

Abstención electoral más votos negativos: “voto bronca”

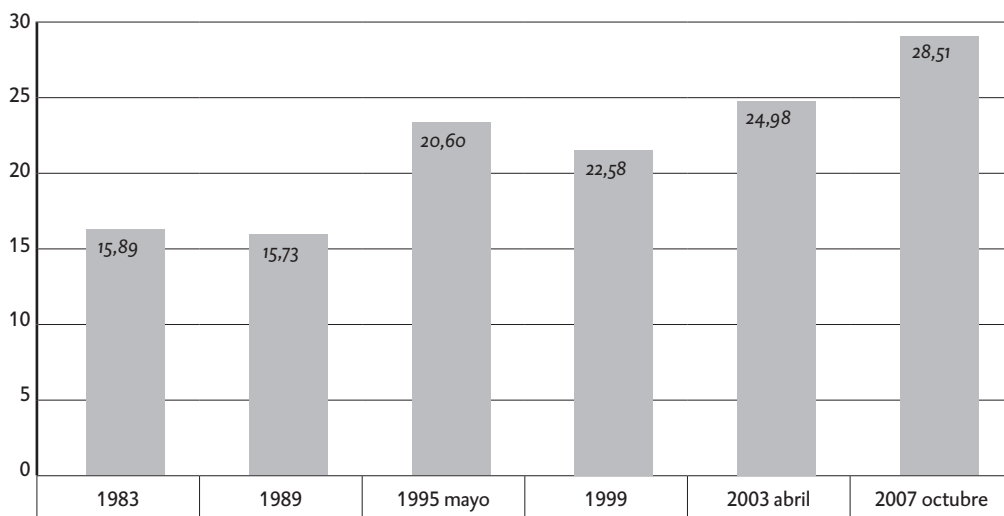
A continuación, observaremos las dos tendencias que indicamos (abstención electoral y votos negativos) en conjunto en todas las elecciones y según los principales cargos a elegir. En este caso no observamos la concurrencia, como vimos antes, sino la abstención (es decir, el 100% que incluye el padrón menos el porcentaje que concurrió a las urnas).

A ese porcentaje le sumamos los votos negativos.

En el cuadro 1 la suma de las dos variables se encuentra agrupada bajo el título “Voto bronca”.

Si observamos los extremos del cuadro 1 podemos observar el aumento de voto bronca en los 24 años que separan 1983 del 2007. Los extremos oscilan entre 15,88% y 28,51% para las elecciones presidenciales y 16,87% (1983) contra 30,85% (2007) en las elecciones de dipu-

Gráfico 3. Voto bronca en las elecciones a la presidencia de la Nación en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)



Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

tados. El rango de valores mayores y menores por su parte se encuentra entre la elección presidencial de 1989 (15,72%) y la elección para diputados del 2001 (56,19%).

A partir del cuadro 1 decidimos sacar los porcentajes del voto bronca por década. Luego de este ejercicio obtuvimos que el promedio durante la década de 1980 es de 17,29%. Recordemos lo que significa este porcentaje: más del 17% del padrón no concurrió a votar o asistió pero sufragó en forma negativa.

En la década de 1990 el promedio asciende a 24,68%. El porcentaje más alto de la década se encuentra en la elección para senadores de 1995: 30,59%. El más

bajo, en las elecciones presidenciales del mismo año: 20,6%.

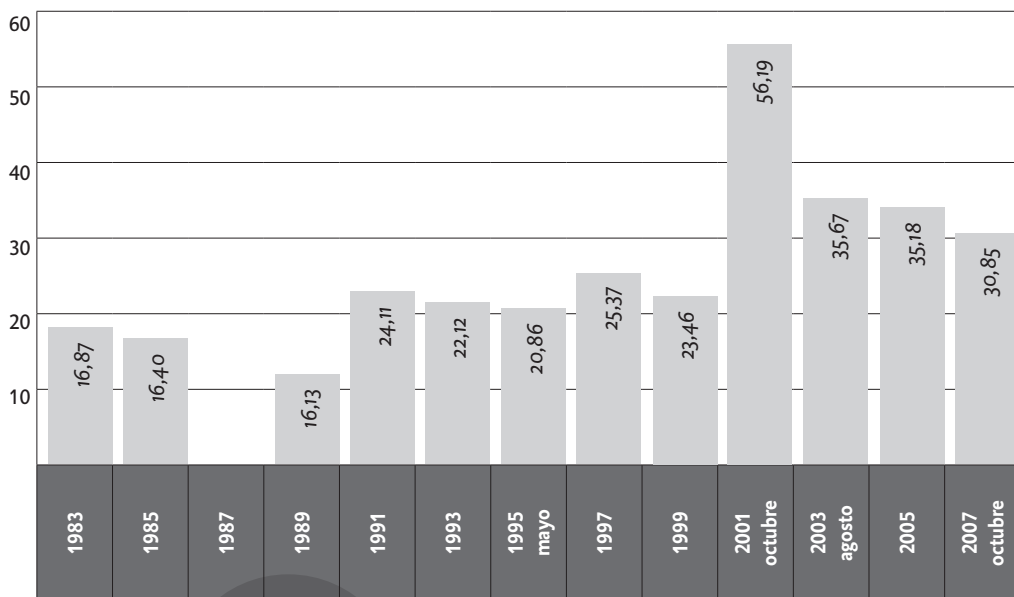
Durante la presente década, el promedio volvió a subir en más de 10 puntos: 35,55%. Podemos proceder a realizar el ejercicio de extraer las cifras del 2001. Así tenemos que el promedio es de 32,86%, aún más de 8 puntos porcentuales por encima del decenio anterior.

A continuación nos detendremos a observar la evolución al interior de cada cargo.

Como ilustra el gráfico 3, observamos un aumento del voto bronca en cada elección presidencial. Excepto en el transcurso de la elección de 1983 a 1989³ en la que el índice desciende en el

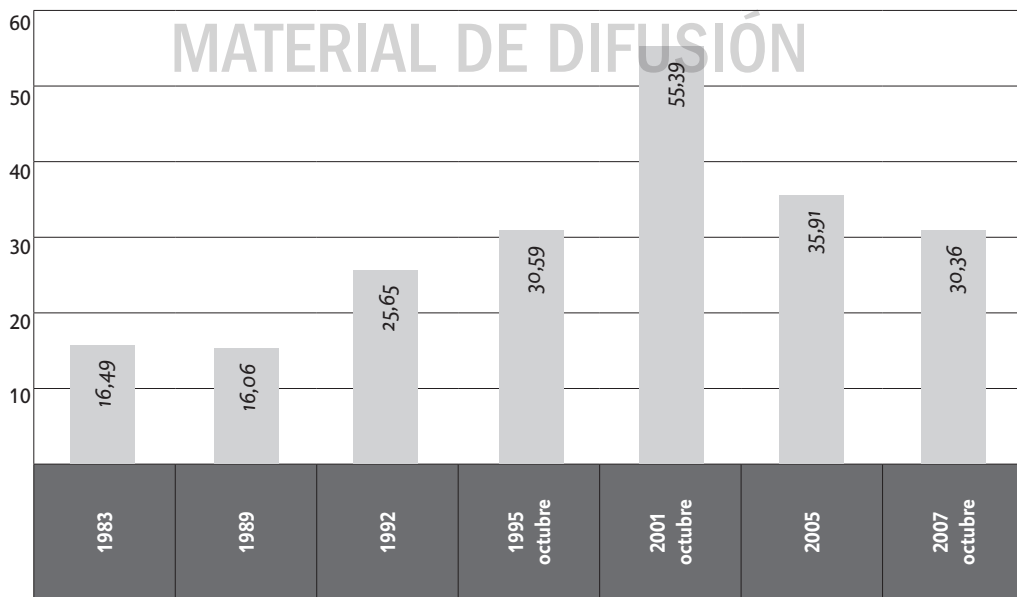
³ En esa elección decrece en unas centésimas la participación electoral (de 85,78% en 1983 a 85,73% en 1989), pero también decrecen los votos negativos (1,67% en 1983 contra 1,46% en 1989).

Gráfico 4. Voto bronca en las elecciones para diputados en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)



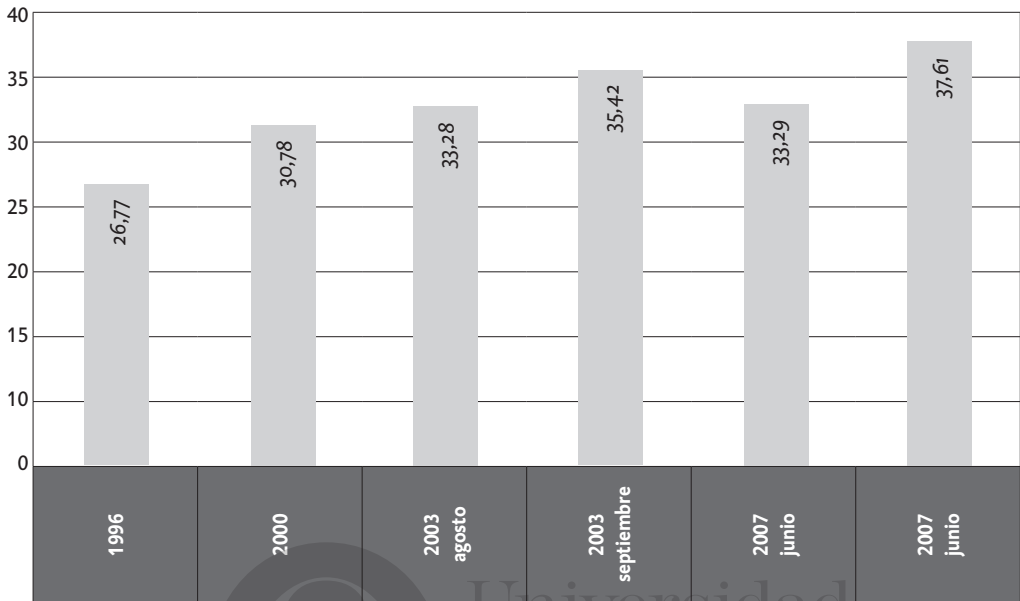
Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

Gráfico 5. Voto bronca en las elecciones para senadores en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)



Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

Gráfico 6. Voto bronca en las elecciones para Jefe de Gobierno en la Ciudad de Buenos Aires (1996-2007)



Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

0,2%, las elecciones presidenciales muestran una tendencia al aumento del voto bronca.

Las elecciones para diputados y senadores muestran un ascenso con oscilaciones del voto bronca que, de cualquier manera, a pesar de no ser continuo, sigue la tendencia general. En su análisis se obtiene un aumento del promedio década tras década con un pico muy alto en el 2001 y un leve descenso a partir de esa fecha que no revierte la tendencia general (gráficos 4 y 5).

Las elecciones para ocupar el cargo de Jefe de Gobierno se celebran desde 1996, fecha en la que obtuvo el cargo Fernando de la Rúa. En la historia de este cargo también observamos un aumento constante, con una excepción: la

primera vuelta del 2007. De cualquier manera, la alteración desaparece si nos detenemos en la segunda vuelta del mismo año: 37,59% del electorado no emitió ningún voto válido. Una cifra más de 10 puntos porcentuales mayor a la de 1996 (gráfico 6).

Los partidos tradicionales de la política argentina

La tercera tendencia indica que existe un descenso en la concentración de votos a los partidos tradicionales. Para comprobar si esta afirmación es correcta, sumaremos la cantidad de votos de la UCR y del PJ (cuadro 2).

Observemos las elecciones presidenciales: en 1983, la UCR y el PJ sumaron el

Cuadro 2. Votos al PJ y a la UCR en las elecciones presidenciales de la Ciudad de Buenos Aires (1983- 2007)

Año	PJ	UCR	Juntos
1983	27,36	64,26	91,62
1989	36,64	36,36	73
1995	27,06	10,11	37,17
1999	20,52	49,03	69,55
2003	19,46	0,83	20,29
2007	23,78	18,4	42,18
2007*	23,78	18,4	42,18

Fuente: elaboración propia con datos de la Dirección Nacional Electoral, Ministerio Nacional del Interior.

91,6% de los votos válidos; en 1989, el 73%. Hacia 1995 se produce el descenso más abrupto: 37,17%. A partir de este año, los dos partidos dejan de presentarse con su nombre original y establecen alianzas con otros partidos (Frepaso, por ejemplo) o con candidatos disidentes (Kirchner, Lavagna). Por esa razón, en el cuadro 2 se encuentran identificados con un asterisco.

Efectivamente, en 1999, la concentración de votos asciende a 69,55% pero se encuentran agrupando un tercer partido: el Frepaso. Este partido había obtenido previamente en 1995 el 44,53% de los votos (en Capital Federal el Frepaso obtuvo el primer lugar por delante de la candidatura de Menem). Con lo cual, podemos afirmar, la alianza con la UCR en la elección de 1999 fue vital

para que este partido pudiera ganar las elecciones.

En el 2003, el PJ se presentó a través del Frente para la Victoria. Si sumamos los votos que obtuvo a los de la UCR obtenemos un total de 20,29%.

Finalmente, en los últimos comicios (2007) participó el Frente para la Victoria con la candidata presidencial proveniente del justicialismo y el vicepresidente del radicalismo: sacaron el 23,78%. La UCR se presentó como lista única solo para las elecciones legislativas. Para las presidenciales, apoyó a Lavagna con la lista Una Nación Avanzada. Si tomamos esos datos, el PJ + UCR + Lavagna sacaron el 42,18%.

Es decir, el PJ y la UCR pasaron de aglutinar a la amplia mayoría de los votos válidos a menos de la mitad de los mismos en 24 años.

Conclusiones

El sufragio universal, secreto y obligatorio es el fundamento de la justificación ideológica de la igualdad de los ciudadanos: todos somos iguales, tenemos los mismos derechos y podemos expresarlo de idéntica manera en las urnas. Sobre la base de la igualdad en el plano jurídico se habla de igualdad de derechos. Votar es la forma válida que el Estado nos otorga para manifestar nuestra opinión y elegir a nuestros representantes. Pero, para nuestra sociedad, también es un deber. Por eso el voto es obligatorio.

Ahora bien, al observar la historia reciente de Argentina encontramos que la voluntad de no emitir el voto se repite y se acrecienta desde la vuelta de la democracia de 1983. En este repaso encontramos un aumento del voto en blanco y nulo, aumento de la abstención y un descenso abrupto de votos al PJ y la UCR. Como teorizamos al comenzar, estas tendencias parecen indicar algo más que simplemente apatía electoral. En el desarrollo del artículo, además, pudimos percibir que existen diferencias entre las secciones electorales. Repasemos algunas de las conclusiones que se desprenden de la descripción.

Con respecto a la abstención electoral, encontramos un aumento continuo con leves oscilaciones de la no concurrencia. Claramente, la participación electoral tiende a descender desde 1983 hasta la actualidad. Además, la abstención electoral resulta ser muy constante en las diferentes secciones: es más alta en las secciones ubicadas exactamente al este de la ciudad, pegadas al puerto; en cambio, las secciones con mayor participación electoral se encuentran al oeste.

El aumento de los votos negativos (votos en blanco más nulos) es menos acentuado y tiene oscilaciones. De cualquier manera, el promedio de votos negativos tiende a aumentar en cada década. Si observamos por secciones, a partir de 2003 se observan algunas tendencias. Los barrios que menores porcentajes de voto en blanco y nulo tuvieron en las últimas dos elecciones presidenciales fueron los que se ubican bordeando el río al noroeste de la Ciudad y los que se encuentran exactamente al norte. Aún más, las tres secciones que se mantuvieron en los primeros cinco lugares, con los mayores porcentajes de voto en blanco, se ubican en el este de la Ciudad y exactamente al sur.

Si nos guiamos por el aumento de la conjunción del fenómeno que denominamos voto bronca (abstención + votos negativos) en cada década, observamos la constante elevación del fenómeno: 17,29% de promedio en 1980; 24,68% en 1990 y 35,55% en la presente década. Por otra parte, los números de voto bronca, si bien crecen en todos los casos, varían significativamente según el cargo que se disputa, aun cuando existen elecciones simultáneas. Así observamos que para los cargos unipersonales, sobre todo en las elecciones presidenciales, se registran menores índices de voto bronca que en las elecciones legislativas para diputados y senadores.

Con respecto a los votos a la UCR y al PJ pudimos observar la pérdida de hegemonía de estos partidos y la transformación en alianzas en busca de votos. Ese proceso de alianzas, en las que los partidos tradicionales y más antiguos de Argentina ni siquiera se presentan con sus nombres originales, logró re-

vertir el proceso agudo de pérdida de votos que se vislumbraba en 1995. Sin embargo, hacia el 2003 y 2007 los dos partidos no llegan a sumar juntos el 43% de los votos. Vale aclarar que los porcentajes son extraídos sobre los votos válidos: si tomáramos las cifras teniendo en cuenta la abstención (que ya vimos que aumentó en todo el período) el porcentaje de ciudadanos empadronados que eligen a estos partidos es aún menor.

La tendencia histórica nos muestra un patrón de comportamiento que lleva al 2001. En esas elecciones legislativas, el voto bronca tuvo su bautismo, no sin razón: en esa oportunidad más de la mitad de padrón no emitió ningún voto válido. Este aumento se dio en todas las secciones electorales: las diferencias oscilan entre el 32,86% y el 24,32%. Es decir, aun el porcentaje mínimo es varias veces más alto que el máximo registrado en cualquier elección anterior.

Bibliografía

- Abal Medina, Juan y Julieta Suárez Cao (2003), "Análisis crítico del sistema electoral argentino. Evolución histórica y desempeño efectivo", *Revista de Ciencias Sociales*, N° 14, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 121-150.
- Cabrera, Daniel (2003), "Veinte años de comportamiento electoral porteño", ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político. Disponible en <<http://www.saap.org.ar>>.
- Cominiello, Sebastián (2007), "Tres semanas de corte que iniciaron el Argentino", *Anuario 2007*, año I, número 1, Ediciones ryr.
- Cotarelo, María Celia (1998), "Abstención electoral y voto en blanco en Argentina desde 1991", *PIMSA 1998*. Disponible en <<http://www.pimsa.secyt.gov.ar/>>.
- (2004), "Crisis política en Argentina (2002)", *PIMSA 2004*, pp. 139-180.
- Fraga, Rosendo (2007), "Argentina. La mayor caída del voto positivo", *Nueva Mayoría*. Disponible en <<http://www.nuevamayoria.com>>.
- Harari, Fabián (2008), "Entrevista al analista político Rosendo Fraga: la Argentina es un país incapacitado para desmontar la crisis", *El Aromo. Periódico Cultural Piquetero*, N° 40.
- Perfil (2007), "Votos en blanco tendrían hoy 12 bancas en el Congreso", 31 de octubre. Disponible en <<http://www.perfil.com>>.
- Sartelli, Eduardo (2006), *La cajita infeliz. Un viaje a través del capitalismo*, Buenos Aires, Ediciones ryr.
- Sanchis Muñoz, Gerardo (2003), *Del voto bronca al voto constructivo. Guía del votante preocupado por revertir la decadencia de nuestro país*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor.
- Telechea, Roxana (2008), "Voto a voto...", *El Aromo. Periódico Cultural Piquetero*, N° 40.
- Vilas, Carlos (1999), "El potencial emancipatorio de las luchas populares", *Realidad Económica*, N° 166, pp. 31-37.

(Evaluado el 23 de junio de 2009.)

Autora

Roxana Telechea. Doctoranda en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. Becaria de posgrado de CONICET con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Artículos recientes:

Colaboración en el *Diccionario del pensamiento social alternativo* con la definición de “Cacerolazos”, compilado por Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig, Editorial Biblos, 2008.

“Colorado el 2008. El conflicto del Casino en Buenos Aires”, *El Aromo. Mensuario Cultural Piquetero*, N° 41, año VI, marzo-abril de 2008.

“Voto a Voto. Elecciones en la Ciudad de Buenos Aires 1983-2007”, *El Aromo. Mensuario Cultural Piquetero*, N° 40, año VI, enero-febrero de 2008.

Cómo citar este artículo:

Telechea, Roxana, “Abstención electoral y voto negativo en la Ciudad de Buenos Aires (1983-2007)”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 1, N° 17, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2010, pp. 214-260.



Universidad
Nacional
de Quilmes

MATERIAL DE DIFUSIÓN